APROXIMACIÓN a la ANARQUÍA

carlos saura garre carlosaura06@gmail.com

VIOLENCIA y PACIFISMO

La anarquía es un hecho histórico incuestionable y ello es ya una razón suficiente para estudiarla. Pero hay otra razón: la inmensa carga de humanidad y de esperanza que conlleva resulta realmente apasionante: hoy, cuanto el mundo aparece cada vez más disparatado y esquizofrénico, hablar de anarquía puede ser tan estimulante como un vaso de agua fresca después de atravesar el desierto.

El caos

No todo el mundo piensa igual, por supuesto. Hay toda una tradición de terrorismo y violencia vinculados al anarquismo. Los entendidos todavía recuerdan a Ravachol y a la banda Bonnot. Es una historia de destrucción, de desorden, de caos, que persiste en la conciencia colectiva desde hace más de cien años. Pero hay que preguntarse seriamente: ¿son en verdad violentos los anarquistas?

Siempre habrá quienes recuerden que Bakunin fue un rebelde que parecía expresar los aspectos más violentos de la anarquía, que Proudhon había perdido al fin toda esperanza de llegar pacíficamente a la abolición del proletariado y que el mismo Malatesta creía en la violencia como un mal necesario. Estamos de acuerdo. Algunos teóricos del anarquismo han pensado que, dadas las circunstancias especiales de esta sociedad, no habla otro modo para salir del atolladero que emplear la fuerza, la violencia. Pero, en todo caso, a ninguno de ellos le ha gustado recrearse en ella.

Recordemos a1 propio Malatesta hablando de la violencia:
«Se trata, siempre, de procurar hacer el menor mal por la mayor suma de bien posible... Debemos hacer como el cirujano, que corta cuando es preciso, pero que evita infligir sufrimientos inútiles"

Ésta es la genuina idea que tienen los anarquistas sobre la revolución violenta. Bertrand Russell -que jamás fue anarquista- pretende explicar el problema desde otro prisma:
"Por cada bomba fabricada por un anarquista -dice- los gobiernos fabrican muchos millones y por cada hombre muerto por la violencia anarquista mueren muchos millones por la violencia de los Estados".
Terrible verdad que, no obstante, no sirve para excusar la brutalidad y el salvajismo individuales.

Hay anarquistas que han explicado esa actitud desde otro punto de vista: los violentos no son verdaderos anarquistas. Esto es lo que ha querido decir Carlos Díaz cuando afirma que en el seno del anarquismo se han dado cita pistoleros, matones, machistas, tránsfugas e insatisfechos de si mismos. Fernando Savater los llama radicales de salón con moqueta, hijos de las flores, más aficionados al puerro que a la dinamita, curas exclaustrados que aborrecen toda disciplina, estudiantillos adictos al suspenso, mujeres de mediana edad con un ansia definitiva de sensaciones fuertes.

Todo un conglomerado de gentes de dudosa estabilidad emocional y que ven en el anarquismo «algo disolvente, insolidario, autárquico, corrosivo reino de taifas donde cada cual puede hacer lo que le dé la real gana". Carlos Díaz, con estas palabras, deja bien claro que el anarquismo es algo desconocido por bastantes de sus militantes a ultranza. Con este fondo de humanidad desorientada en cuanto a las ideas fundamentales, no es de extrañar que se den actos de violencia dentro de una doctrina (por llamarla de alguna forma) cuya columna vertebral es la solidaridad y la cooperaci6n.

La armonía

Frente a esos dichos y hechos brutales incluso terroristas, la mayoría de los ácratas genuinos adoptan una postura de repulsa, de rechazo unánime y total. Identificar, sin más, la violencia con el anarquismo, lo hagan los propios anarquistas o sus detractores, es ignorar totalmente la esencia más profunda de la filosofía ácrata, las ideas de Proudhon, de Tolstoy, de Kropotkin, es ignorar a Malatesta, a Santillán, a Fidel Miró, a Fernando Savater, a Jorge Sorel.

«La revolución es construcción, es hacer camino al andar, como diría el poeta, es acercamiento al hombre, es cooperación de esfuerzos y sacrificios por encima de partidismos.»

«La revolución no puede declarar la guerra ni siquiera al Estado, pues la guerra necesita y engendra Estado; de toda guerra sólo un Estado puede derivarse».

«La era de las revoluciones violentas ha pasado».

Palabras todas ellas sacadas a voleo -y abreviando- de algunos textos anarquista. Pero me resisto a dar un último ejemplo de maravillosa armonía: Con ocasión de que un

grupo de anarquistas impidieron a puñetazos una procesión religiosa en una pequeña localidad italiana, Malatesta escribe lleno de indignación: «No es anarquista el que no respeta en otros la libertad que reclama para sí. ¿Cómo habrá de tomar la gente en serio nuestra protesta en favor de la libertad si impedimos a otros la libre expresión de su pensamiento?»

Y cuando estalla una bomba en Barcelona, también en una procesión (40 muertos y numerosos heridos), Malatesta no oculta su enojo, su irritación, su cólera: «Dicen que es heroico matar mujeres, niños, hombres inermes ¡porque eran católicos! Esto es ya algo peor que la venganza: es el furor del místico sanguinario, es el holocausto sangriento sobre el ara de un dios o de una idea, que a la postre es lo mismo».
Y es que el gran anarquista italiano sabía que hay tanta gente diversa que se llama anarquista, y con ese nombre se han expuesto y se exponen tantas ideas disparatadas y contradictorias, «que no es de extrañar que el pueblo nos mire con recelo".

Anarquía sólo significa falta de gobierno. En otras palabras: que los gobiernos no son necesarios. Pero cuando no existe quien mande, los hombres han de unirse solidariamente para resolver sus problemas, hay que vivir en paz para lograr el desarrollo de los pueblos. Por eso la anarquía está radicalmente contra la guerra, las armas y los ejércitos. Y pienso que no es casual el florecimiento de los objetores de conciencia y las organizaciones pacifistas.

Ante la fuerza incontenible que van desarrollando esos movimientos de masas, esas organizaciones antibelicistas y antimilitaristas, creo que puede decirse, a despecho de los desconfiados, que la anarquía está en marcha. No importa que esos movimientos no se consideren a si mismos anárquicos. No importa que la mayoría no sepa siquiera qué es el anarquismo. Están llevando a la realidad la idea

ácrata de la paz universal y eso es lo que importa. No porque sea una idea anarquista sino porque es, fundamentalmente, humanitaria.

Por ello, el primer paso para realizar la anarquía es la fraternidad, el rechazo de toda forma de egoísmo, el corazón abierto a compartir lo bueno y lo malo. Luego habrá que dar otros, igualmente trascendentales. Porque la anarquía es una verdadera revolución, una catarsis, un revulsivo que violenta sin piedad todas las ancestrales y podridas ideas que siglos de educación han ido imprimiendo a fuego en nuestra conciencia colectiva. Lo que Erich Fromm llamaba «las informaciones falsas sobre la vida y la sociedad, que nos imbuyen prácticamente desde que nacemos».

UNA POLÍTICA SIN POLÍTICOS

Todo el mundo, sabe que los partidos políticos tienen como fin único alcanzar el poder. No tienen otra razón de ser. Su objetivo es situarse en el Gobierno y gobernar. La anarquía, por principio, no desea el poder. Nadie puede votar por el anarquismo, porque no existe un partido anarquista. Podrá existir, y existe, un sindicato ácrata pero un partido político jamás. La anarquía lo único que busca es precisamente todo lo contrario: abolir toda clase de gobierno.

El Estado

Desde William Godwin, uno de los primeros anarquistas, pasando por los grandes teóricos hasta los más modernos, todos sin excepción han atacado al Estado constituido, sea del tipo que sea. Y ésta ha sido la idea suprema que ha dominado a todo el movimiento, pues la revolución que preconiza y desea el anarquismo no tiene otro fin que la supresión del Estado.

Contra el Estado dirigente, los anarquistas han dicho las cosas más inesperadas para conservadores, liberales, socialistas y comunistas incluidos: que es la negación de la humanidad; la autoridad, la ostentación y la fatuidad de la fuerza; al propio tiempo creador y criatura del privilegio y su defensor natural; que está dotado de medios coercitivos; que lleva la violencia y el terror inscritos en su proyecto mismo; que pacta con la necesidad y la muerte; que aun cuando procure el bien perjudica, porqué él lo impone y toda imposición se convierte en mal. etc. Savater no se recata: «Los políticos están decididos a ser violentos en grande; es decir, a mantener cárceles, ejércitos, policías, manicomios, etc.

Pero no solo los anarquistas han pensado así. El filósofo Hobbes, nada anárquico por cierto, pensaba que el Estado es «un devorador de hombres» (aunque había que admitirlo como mal necesario), y el poeta Holderlin no tiene inconveniente en afirmar: «Todo Estado tiene que tratar a los hombres como engranajes mecánicos, y esto no debe hacerlo, por lo tanto, debe cesar».

Esta inquina contra el Estado se extiende a toda forma de gobierno. La anarquía no puede comulgar con el marxismo que preconiza la dictadura del proletariado, pues, como decía Bakunin, ésta se convierte en dictadura sobre el proletariado. La historia, por desgracia, le ha dado plenamente la razón. La democracia, considerada como la panacea universal no es válida tampoco para los anarquistas, que tienen sus razones.

El mero hecho de haber sido elegido por una mayoría no garantiza en absoluto que el Gobierno sea racional y justo y obre en favor de los intereses comunes, dice Malatesta. Y también la historia le ha dado la razón. ¿Qué pensar, por ejemplo, de la elección de Mussolini, de Hitler, de Luis Napoleón o de Reagan? El filósofo Bertrand Russell añade que la democracia no es más preferible que otras formas

de gobierno mientras las minorías sean llevadas por la fuerza y sean sometidas potencialmente a las mayorías. No es de extrañar que el gran político inglés W. Churchill lanzara una frase que se ha hecho del dominio común: la democracia es el menos malo de todos los gobiernos.

Pero la razón más profunda la expuso Proudhon: el sufragio universal no es sinónimo de democracia por el superficial hecho de depositar un papel doblado, al que llaman voto, en una urna. No puede haber democracia política sin la democracia económica y cultural. En efecto: de poco sirve a una sociedad que poseamos el derecho al voto, a elegir a nuestros gobernantes, si persisten las odiosas desigualdades económicas y culturales. La democracia sería un simple reconocimiento del derecho a votar por muy pobre y analfabeto que se sea. Mas, ¿para qué quieren los analfabetos y los pobres ese derecho? Votan con la ilusión de que el nuevo Gobierno termine con sus problemas. Pero no hay una sola democracia en todo el mundo que haya terminado con la incultura y la miseria.

La democracia, pues, no es tampoco la solución. Como no lo es el fragmentar el poder central en una serie de poderes locales (decía ya Malatesta), eso que en España llamamos autonomías y que, como el cantonalismo, no hace más que multiplicar el poder pero no abolirlo.

Los anarquistas son tan susceptibles y esquivos ante el poder, que rechazan incluso toda forma de liderazgo. Cuando en cierta ocasión se habló de formar un partido proudhoniano el mismo Proudhon rechazó la idea, ya que para un anarquista no es lícita ninguna actividad alrededor de un dirigente por muy carismático que sea. ¡Qué lejos esta actitud del borreguismo febril de un pueblo vitoreando a su candidato o a su caudillo!

La alternativa

El lector se estaré preguntando a esta alturas: bien, y si suprimimos toda clase de gobierno, ¿cómo puede organizarse una sociedad? La solución es tan sencilla que nadie cree en ella, sobre todo porque tenemos miedo a la libertad y preferimos que otros decidan por nosotros. Pero la alternativa existe y en realidad se ha llevado a la práctica en Rusia (aunque el Gobierno marxista se encargó de abortarla) y aquí en España, durante la guerra civil, en territorio republicano. Pero ya habrá ocasión de hablar más extensamente sobre ello. Volvamos a las teorías anarquistas.

La solución alternativa al Estado, al poder, a la fuerza, a la organización impuesta desde arriba (sea por el Gobierno, las clases privilegiadas o el capital) está en la organización surgida desde abajo. Es el llamado federalismo: los individuos se asocian libremente para formar comunidades, estas se asocian libremente para constituir la federación local; las federaciones locales, a su vez, se asocian entre sí para forman federaciones regionales y luego nacionales. Estas, por fin, se agrupan, mediante pactos libremente concertados, en una federación universal.

Bakunin lo expresa de ese modo, añadiendo algo que en estos tiempos se está barajando como una posibilidad largamente ansiada: la formación de una Europa unida. Aunque Bakunin va más lejos y piensa en la fraternidad de todas las federaciones del mundo. Esta postura es tan singular, tan única, que lo que se pretende, en el fondo, es suprimir todas las fronteras entre los hombre, sean naturales, políticas estratégicas o comerciales:

Esta organización social es más bien económica que política (por lo que habrá que hablar de economía anarquista en otra ocasión); pero es razonable preguntarse: ¿quién dirige la comuna o la federación regional o nacional? Nadie. No hay líderes, ni gobernantes, ni políticos. Nadie tiene poder de ninguna clase sobre los demás. Habrá quien tenga autoridad: el médico, el ingeniero, el químico… Pero

no tienen poder. Solo la autoridad que proviene de la ciencia. En realidad la única forma de actuar es la autogestión y el sindicalista (sindicatos de la construcción, textil, alimentación, agricultura, laboratorios, minas, investigación, especialidades técnicas, medicina. etc).

La autogestión suprime la dirección individual en las fábricas, escuelas o talleres. Los sindicatos organizan el trabajo y la distribución de los productos sin necesidad de ministros ni capitalistas. El individuo goza de libertad plena, pues solo le empuja la profunda convicción de ser solidario con el grupo.

ECONOMÍA y SOCIEDAD

HAY un sueño humano, una larga ilusión, que la anarquía ha incorporado a su utopía socio-económica como uno de los ejes principales de su ideología: la supresión de la propiedad privada.

Platón ya lo decía sin rodeos en su República, san Agustín en la ciudad de Dios; el padre. Mariana (es un deber de humanidad abrir para todos las riquezas que hizo Dios comunes a todos los hombres), Tomás Moro, para quien la propiedad privada es el origen de todos los males sociales, Campanella en su Ciudad del Sol, Milton en Paraíso Perdido, Rousseau (la propiedad privada acarrea la. desigualdad, la competencia, el orgullo, la avaricia; la envidia, las luchas de clase y las guerras), Melchor Gaspar de Jovellanos, los socialistas utópicos (Babeuf, Fourier, Saint Simon, Cabet, Owen, el mismo Beltrand Russell... La anarquía recoge esta tradición milenaria porque está en su línea de1ibertad e igualdad.

Para comprender la ideología ácrata, el lector debe echar un vistazo a su alrededor y observar con algún detenimien-

to lo que por otra parte ya está harto de saber: la sociedad actual se mueve a través de una economía de mercado, ésta crea la acumulación de riquezas en manos de unos pocos, los medios de producción son propiedad privada, surgen los empresarios, monopolios y multinacionales, y el objetivo principal de toda la producción es el lucro.

Así, las riquezas naturales pasan a ser explotadas por una élite en su propio beneficio. Este beneficio se extiende al trabajador, pero en mucha menor proporción y a costa de su esfuerzo. El trabajo es solo un medio para ganar un salario que luego hay que gastar en consumir. La desigualdad económica y cultural crea una desigualdad social de castas, naciones y ghettos.

Frente a esta forma de vivir, la anarquía se presenta con una alternativa profundamente humana y en último término mucho más de sentido común: no debe existir la propiedad privada, las riquezas naturales deben ser patrimonio de todos, lo medios de producción son comunes, el trabajo es un fin en sí mismo (tiene una entidad trascendente, es la forma que adopta lo solidaridad, no es una losa pesada ni un castigo por el simple hecho de haber nacido), el dinero no existe, con lo que se evita el lucro, la acumulación de capital, las desigualdades económicas y por tanto, sociales.

La gente educada desde su infancia en la solidaridad, en la necesidad de compartir, no de poseer, trabaja para la comunidad, que reparte las riquezas obtenidas de ese trabajo. Como no existe el dinero, hay unos centros de distribución, cooperativas y almacenes, donde acude 1a gente a proveerse de todo lo que necesita. Los comedores sociales distribuyen el alimento con solo presentar una tarjeta de productor. Nadie carece de nada porque todo es de todos.

De esta forma se suprime la pobreza, el hambre y la miseria que hoy asolan a nuestras ciudades y a millones de criaturas en el Tercer Mundo. No habrá personas ni países que disfruten de todas las comodidades imaginables mientras otros carecen de lo más necesario.

Hoy día, para paliar esta situación dentro de una misma familia, inconcebible pero real, han tenido que surgir organizaciones y movimientos de ayuda -yo diría de parcheo-, que recurren a la caridad de unos para socorrer a otros. Lo que se debe a todo ser humano como de justicia nos vemos precisados a darlo en forma de altruismo, de caritativo desprendimiento: Dad lo que os sobra para los necesitados, es la divisa, la bandera, la consigna.

Nada más absurdo para la anarquía. A nadie debe «sobrarle» nada mientras a otros les falte. La anarquía derriba los palacios de los nobles, las mansiones de los millonarios, y las residencias de los burgueses. Al mismo tiempo, derriba las chabolas, las chozas y las cuevas de los pobres. Todos trabajarán con sus manos y su inteligencia para producir lo necesario para todos. Con la anarquía, el eterno sueño humano de la igualdad se con vierte en una realidad concreta, palpable.

La anarquía está en contra de cualquier forma de Estado (como ya hemos dicho en otra ocasión) por lo que no puede admitir ni siquiera ese socialismo que pretende nacionalizar las empresas, la tierra y los medios de producción. No se trata de eso, decía Bakunin, sino de su utilización directa y sin trabas por parle de la comunidad de trabajadores.

La organización

Estas son Ideas, pero ¿cómo se organiza una economía igualitaria en concreto?

El anarquismo parte de la comunas (los pueblos, lo barrios). Estas tienden a autoabastecerse; pero ello casi nunca es posible. Habrá comunidades que por su situación geográfica se dediquen a la producción en un sector determinado (agricultura especializada, con industrias derivadas, ganadería, minas, pesca, etc.). Esto acarrea excedentes que son repartidos a otras comunidades que carecen de ellos. Los consejos de economía locales, comarcales y regionales, formados por delegados designados por la comuna, los sindicatos, las colectividades, las cooperativas, los centros de consumo y los organismos técnicos y culturales, son los encargados de coordinar, organizar y distribuir la producción allí donde haga falta.

Igual sucede con los sindicatos, los organismos que mejor pueden organizar el trabajo y su función y que están constituido por los trabajadores libres de la industria, del campo, de la minería, de los laboratorios, de los centro de Investigación y las especialidades técnicas. Esos sindicatos forman federaciones que podrá constituirse por categorías de producción o de servicios públicos, correos, comunicaciones, transportes.

Por otra parte, el trabajo se organiza mediante la autogestión. En una fábrica anarquista no hay empresarios-dueños y en las asambleas de los trabajadores intervienen tanto estos como los técnicos (que también son trabajadores) para resolver los problemas de producción, de oferta y demanda, de medios tecnológicos de posible aplicación, de relaciones humanas, de rotación de puestos de trabajo, etc. La empresa es común y entre todos la llevan adelante aportando cada lino su experiencia, su imaginación o su creatividad.

La autogestión es un «invento» netamente anarquista. Y no es pura casualidad que se vaya abriendo paso en nuestra sociedad sin que nadie la imponga. Las cooperativas

de producción son ya un pequeño paso para la economía autogestionaria.

Las leyes acerca de la Educación tienen ciertos componentes de autogestión en la enseñanza. Los conflictos en nuestras universidades en fechas pasadas se han producido precisamente por la falta de un régimen autogestionario.

El propio jefe del Gobierno socialista francés, Francois Mitterrand, ha afirmado que la autogestión es nuestra perspectiva, porque supone la plena responsabilidad del trabajador, su plena información y su plena educación, donde será liberado de la opresión económica.

Todo esto es actual. Surge de las necesidades de las masas, son un movimiento revolucionario desde abajo y que se extiende en sentido horizontal, jamás hacia arriba. Porque en la anarquía no existen organismos alzados en la cumbre. La Igualdad es total e irrenunciable.

UNA ÉTICA PARA VIVIR en COMUNIDAD

No es posible comprender plenamente la anarquía si no se hace una referencia a su moral, a su ética. Ésta es el centro de todo el sistema de pensamiento de Kropotkin. Es una constante en Bakunin, en Prou- dhon o en Malatesta. Todos los grandes teóricos anarquistas han afirmado siempre la necesidad de una moral que sea la base de las relaciones humanas. Pero esta ética tiene una originalidad indiscutible y en dos aspectos diferentes.

Por una parte, toda la ética ácrata podría resumirse en la palabra "solidaridad". Como decía el viejo aristócrata ruso, es una ética de la expansión vital, se fundamente en la

ayuda mutua que es la norma suprema. El hombre busca, más que el placer en si, la expansión y el máximo florecimiento de su propia vida. La vida, al expandirse, significa generosidad y renuncia al placer. La superación del hedonismo se convierte así en una necesidad moral.

Federica Montseny hace referencia a los dos motores básico de la ética anarquista: el egoísmo y el altruismo. Por el egoísmo, el hombre se pone de acuerdo con los demás hombres pare facilitar su trabajo, su defensa y el medio en el que ha de desenvolverse. Por el altruismo, sabrá aportar su apoyo solidario a los más débiles y desvalidos.

Aunque el anarquismo no es una filosofía, entra en sus elucubraciones haciéndose eco de la controvertida teoría del libre albedrío y de la bondad (o maldad) natural del ser humano. El cuanto al primero, la anarquía defiende la libertad de elección. El hombre no es un títere, una marioneta movilizada por los acontecimientos, ajeno al devenir de lo social o de la historia. El libre albedrío, dirá Malatesta, es una exigencia ética y social.

Por otra parte, sin llegar al simplismo roussoniano de la bondad natural del hombre, lo anarquistas defenderán que todo mal procede más de la sociedad en que vivimos que de la herencia biológica. El hombre no es bueno ni malo de por si. Su conducta la determina parcialmente el medio social y parcialmente queda librada a sus propias y personales decisiones. Como decía el argentino Rafael Barrte, la maldad es cosa de enfermos.

La solidaridad, la fraternidad, la ayuda mutua, no son elucubraciones abstractas, sino que se concretan en la actividad humana más importante: el trabajo. Para la anarquía, este no es un maldición, una sentencia judicial que el hombre arrastraría como una pesada carga, siempre soñando con evadirse de ella en cualquier momento propicio, sumido en la angustia de un lejano y misterioso castigo di-

vino. Por el contrario, para la anarquía, el trabajo es un quehacer solidario en el que se puede derrochar imaginación y creatividad, al que no hay obligación de atarse porque es totalmente libre y porque puede escogerse en cualquier momento movidos por inquietudes interiores o por el sentimiento maravilloso de la fraternidad.

Pero la mayor originalidad de la moral ácrata, a mi entender, se encuentra en estas palabras de Eliseo Reclus (que, por otra parte, son un eco del propio Bakunin): «La moral no es un orden al que debamos someternos, una palabra a repetir, una cosa puramente exterior para el individuo: es una parte de su esencia, un producto de la vida misma». Nadie puede imponernos hacer el bien. Hay que concebirlo, quererlo, amarlo. La bondad debe surgir desde lo más profundo de nuestro psiquismo equilibrado por un entorno estimulante y esperanzador. La moral no tiene leyes ni mandamientos, porque al amor no se le fuerza, no se le obliga, no se le manda. El amor surge cuando hay amor. Y si los niños crecen rodeados de amor, de igua1dad y de libertad, serán campo magníficamente abonado para dar amor.
Esa es la gigantesca diferencia entre una sociedad anárquica y una sociedad capitalista desigual, injusta y violenta, en donde el amor surge como una rara flor en una selva de odios y rencores.

El futuro

El futuro del anarquismo es imprevisible. Y la razón está en que no se trata, como creen tantos anarquistas, de una varita mágica que de la noche a la mañana va a resolver todos los problemas de la humanidad. Y en que, por esencia, la anarquía es enemiga de toda imposición y, por lo tanto, ni ella misma puede imponerse a nadie. La gente llegará a la acracia por necesidad y convencimiento, si no, no llegará nunca. La romántica alternativa de la revolución está muerta.

Llevaba toda la razón Pie Baroja cuando escribía con notorio sarcasmo: «Creen en la anarquía como en la Virgen del Pilar... Esa revolución providencial que es una cosa como los polvos de la madre Celestina para traer la felicidad al mundo». Pero, por otra parte, el viejo Proudhon se mostraba bastante razonable y lógico cuando decía: «Debemos dar al mundo el ejemplo de una sabia y previsora tolerancia, no nos situemos nunca como apóstoles de una nueva religión, aunque esta sea la religión de la lógica».

Para mí, lo más extraordinario de la anarquía está precisamente en su flexibilidad, en su capacidad de adaptación a la! circunstancias, en su antidogmatismo, en su apertura a toda sugerencia y a toda critica. El anarquismo no es un cuerpo de doctrina monolítico, férreo e inamovible. Ninguna doctrina económica puede considerarse definitiva e inmutable. Hay que ir a la anarquía por caminos de libertad. Por lo tanto, no puede existir una ortodoxia anarquista. Los padres de la acracia insistieron siempre en la superación por generaciones sucesivas de lo que entre todos buscamos.
Por esta razón, Abad de Santillán podía exclamar gozosamente: «No enarbolamos ninguna doctrina como tabla de ley; no tenemos recetas absolutas. Tenemos miedo de todas las ideas que cristalizan demasiado en frases, a todas las doctrinas que pueden consolidarse como dogmas intangible».

En realidad, la anarquía puede reducirse a pocas ideas: NO a la explotación del hombre por el hombre, supresión de toda autoridad y leyes promulgadas desde arriba, solidaridad, igualdad y fraternidad humanas, conducta regida por una moral que se basa en la ayuda mutua.

Los modos y maneras de llevar estas ideas a la práctica expresados por los anarquistas (y que he referido en estas mismas páginas), no pasan de ser sugerencias, opciones,

alternativas. Todo queda abierto al cambio de los tiempos, todo depende de la capacidad creativa de los que enarbolan los ideales básicos del anarquismo y de aquellos que, sin ser ácratas, están de acuerdo con esas ideas.

Millares de personas comparten estas ideas: comunistas, cristianos, socialistas, filántropos, humanistas, pacifistas, hombres y mujeres de bien, feministas, madres que ansían lo menor para sus hijos, pobres y miserables de todo el mundo, poetas y filósofos, soñadores y utópicos.

Por eso creo en las esperanzadoras palabras de Fernando Savater: «Es precisamente ahora cuando el sueño anarquista se va haciendo más fuerte y más lúcido. Es ahora cuando todos comienzan a soñarlo frecuentemente y a preparar su realización con mil pequeños gestos secretos».

2 APÉNDICES

AQUEL PRIMERO de MAYO LIBERTARIO

ESCRITO en MAYO de 1990

ESTE año se ha celebrado el centenario de la llamada Fiesta del Trabajo. Efectivamente, en 1890 comenzó una celebración que no había de interrumpirse en cien años. Pero casi nadie ha recordado «el primer l de Mayo» de la histórica lucha de los trabajadores, en 1886, de corte claramente anarquista.

Desde mediados del siglo pasado, los obreros estadounidenses habían comenzado a organizarse. La reivindicación de las ocho horas laborales fue pronto su objetivo más claro. Hay que recordar que en aquellos años los trabajadores de Chicago, como en otras partes del país, tenían agotadoras jornadas de catorce. y dieciséis horas, pero que en esta ciudad se daban una serie de circunstancias explosivas. «En pocos años -escribe el historiador Gómez del Val- se habían amasado allí grandes fortunas a costa de inmoralidades sin cuento; la corrupción era algo tan corriente que no se le concedía importancia. Por otra parte, la administración de la justicia y de la policía estaban mediatizadas por los caciques locales por lo que cuando se producían protestas, los «capitanes y reye" lanzaban contra los trabajadores partidas de maleantes (origen del gangsterismo); de otra parte, estos caciques disponían de un arma formi-

dable: la prensa sensacionalista y amarilla, que predisponían a la opinión pública contra las peticiones de los trabajadores y sembraban la división entre estos».
No obstante, la Liga de las Ocho Horas, la federación americana del Trabajo y otros sindicatos consiguieron superar sus discrepancias y aprobaron la resolución de ir a una huelga general el uno de mayo de 1886. La idea se extendió rápidamente a todos los grandes centros industriales del país. Pocos días antes de la fecha, los propietarios de la fábrica McCormick despidieron de golpe a 1.200 empleados que se negaron a abandonar sus organizaciones sindicales, y los sustituyeron por esquiroles. A pesar de este acto de prepotencia, los empresarios estaban realmente asustados, como lo prueba el hecho de que recababan la ayuda de las autoridades, la policía y el mismo ejército (1.500 soldado codo a codo con una policía reforzada para la ocasión sólo en Chicago). La preocupación llegó al mismo presidente, Cleveland, quien dirigió al Congreso un mensaje tan ambiguo que no condujo a nada. No obstante, los propios sindicatos habían repartido miles de circulares recomendando moderación y calma. Nadie quería la violencia

Aquel uno de mayo, la huelga, en Chicago, afectó a más de 40.000 trabajadores. La manifestación obrera fue tan pacifica que los McCormick, engreídos, lanzaron contra ella a sus matones golpeando y rompiendo pancartas. De no haber sido por esta provocación nada hubiese ocurrido. Pero los obreros de Chicago se volvieron a reunir el día 3, como protesta, ante la fábrica que los provocaba tan descaradamente. Los matones salieron, los trabajadores contraatacaron y la policía disparó sobre ellos sin que nadie lo esperase. Murieron seis obreros y varias decenas resultaron heridos.

El día 4 decidieron manifestarse de nuevo, esta vez en la plaza de Haymarket. Spies, Parson y Fielden hablaron en el mitin. El propio alcalde de la ciudad lo escuchó todo, pe-

ro no oyó ninguna incitación a la violencia, por lo que ordenó que la policía se retirase. Esta orden no fue obedecida. La policía intentó disolver a los manifestantes. Fue entonces cuando estalló una bomba artesanal que mató a un policía e hirió a otros ocho. A partir de aquí, la «justicia» local intervino inexorablemente. El once de noviembre de aquel mismo año fueron ejecutados Engel, Fischer, Parson y Spies. Lingg se suicidó unas horas antes. "No le temo a la anarquía -había declarado un conocido empresario- que no es más que un movimiento utópico de unos cuantos chiflados, que en el fondo son de buen corazón, pero sí que estimo que el movimiento obrero debe ser aplastado". Por supuesto, de eso se trataba.

Seis años después, el gobernador de Illinois indultó a Fielden, Schawb y Neebee (condenados a cadena perpetua), y en el acta de indulto declaró que todos los inculpados habían sido inocentes y que aquellas condenas constituían una grave violación de le procedimientos judiciales norteamericanos. El escritor William Dean Howells había escrito en el *New York Times*: «Esta república libre ha matado a cinco hombres por sus opiniones..., un acto atroz de locura por el cual deberemos avergonzarnos eternamente ante la Historia».

Ciento cuatro años después, la memoria histórica obrera parece haber olvidado aquellos hecho y aquellos nombres. Yo he sentido la obligación de recordarles. Alguien tenía que hacerlo.

Nota para los obreros de hoy. "El congreso de l889 (de la Segunda Internacional) declaró jornada mundial de lucha el l de mayo en memoria de los cinco obreros anarquistas asesinados en Chicago en 1886». Manuel Tuñón de Lara, historiador.

IMPRESIONES de un PRIMERO de MAYO

ESCRITO en MAYO de 1986

ERA la primera vez en mi vida que asistía a una manifestación. Tal vez influyó esta espléndida primavera del sur, que ya es verano, y que invita a vivir, a expandirse, a mostrarse, como si encerrarse fuese un pecado de omisión inconcebible. No lo sé. El caso es que me fui buscando la cabeza de la manifestación.

Al final de la calle, amplia y soleada a la media mañana, con la brisa del mar y olor a yodo en el aire, se veían, confundidas, banderas y pancartas, como una mancha de blancos, rojos brillantes y negros, ondulando sobre el asfalto gris y bajo los ocres edificios. Allí estaba la hinchada sindical y política de la izquierda. Allí estaban amigos y parientes

Allí estaban -pensaba yo- los míos. Sentí que era parte de algo, que participaba de una misma ilusión, que no andaba quijoteando a solas por la vida, que valía la pena seguir en la brecha, en esta dura y en apariencia absurda guerra por alcanzar el cambio, la renovación, la revolución interior, la utopía.

La gente empezó a moverse. Se oían los megáfonos coreados por las voces de los manifestantes. Pronto me encontré las manos llenas de folletos de distintos partidos y sindicatos. Cada uno con sus siglas, pero todos unidos -casi todos- en una especie de fiesta popular con aires de política y un cóctel de reivindicaciones entremezcladas: el

paro, Reagan y Libia, la unidad de la izquierda y Felipe González. Al final, la Internacional, coreada por todos, el himno de la unidad, y las palabras brotando de los altavoces, firmes y duras, en la plaza cercada de naranjos. Alegría, ondular de banderas, bullicio, gritos y palabras. 1 de Mayo.

1 de Mayo. En las fachadas de las calles por donde pasábamos, carteles de vivos colores recordando la fecha. Dos de ellos me llamaron la atención. Eran reproducciones de dos cuadros, dos obras de arte que representaban, los dos, a una multitud manifestándose: hombres, mujeres y niños enjutos, mal vestidos, desencajado el rostro, estrechando sus manos, la mirada perdida en un punto lejano, inalcanzable. Como personajes arrancados a una vieja novela de Maxence van der Meer, o copiados de un inquietante cuadro de Van Gog. Locos obreros tétricos de los comienzos de la revolución industrial gritando su infortunio y su miseria humana.

Desvié la vista y recorrí el gentío que me rodeaba. Y me vi a mi mismo. Entonces comprendí que, verdaderamente, habían transcurrido cien años desde aquellas primeras manifestaciones; que de aquella pobre gente que gritaba muda desde las fachadas, en grandes cartelones que casi nadie veía, no quedaba nada. Solo nosotros celebrando otro 1 de Mayo en 1985, cien años después, festivos y desenfadados. Y comparé las ropas, y los rostros, y las miradas, y los gestos, y sentí que el espíritu de los obreros, la conciencia de clase, saberse explotados -y no sólo sentirlo- y la lucha por la igualdad y la justicia, eran cosas del pasado, trasnochadas historias centenarias.

Aquellos viejos rostros de una dignidad escalofriante, desencajados o severos, aquellos gestos rotos rezumando esperanza, preñados de rabia contenida, se habían diluido en el transcurso de los años dando lugar a una nueva clase obrera en un nuevo mundo tecnológico y consumista.

Al día siguiente supe la verdad. En toda España, los manifestantes no habían superado el millón. Los trabajadores habían preferido calentarse al sol de las playas o salir al campo con el utilitario, jugando a ser pequeños burgueses sin problemas. El 1 de Mayo no les decía nada, los muertos en la lucha ya no tenían poder de convocatoria y un día de primavera dedicado al ocio resultaba más gratificante que el ondear de banderas reivindicativas.

Aquellos obreros de hace un siglo tenían algo por lo que luchar. Hoy, un paquete de cigarrillos americanos, la lavadora automática y el video han obrado el milagro de olvidar lo que son, lo que siguen siendo a pesar de los cien años transcurridos: marionetas de un nuevo capitalismo que los ciega con el relumbrón de la abundancia.

¡La conciencia de clase! Hoy, los obreros se sienten burgueses que no reconocen al amo en el empresario, que tienden la mano pare recibir la limosna de una paga que se van a gastar de inmediato en nuevas superfluidades. El lema es claro y antiquísimo: comamos y bebamos, que mañana moriremos.

La mayoría de los obreros, parados incluidos, han perdido la conciencia de la injusticia, de la desigualdad, de la discriminación. Ya no tienen norte, ni líderes, ni señalizaciones, ni ideales, ni entusiasmo. Se contentan con vegetar en una sociedad consumista y se encandilan con los anuncios que en la tele muestran cocinas suntuosas y coches deslumbrantes. Están hundidos hasta el cuello en esta sociedad de la mentira *y* no ven más allá de sus narices. No conciben siquiera que exista la utopía.

Y, sin embargo, la situación es la misma. Unos pocos se reparten las riquezas de la tierra producidas por el trabajo

del obrero. Y millones de seres humanos no tienen acceso a las necesidades más básicas.

1 de Mayo. Cien años después.

Tanto la "Aproximación a la anarquía" como los dos apéndices, fueron publicados, en forma de artículos de opinión, en la prensa de Málaga, España.